

Cuidado con lo que deseas...

LA HORA ^{De} LAS BRUJAS

LIBRO TRES



EL

GENIO DEL ANILLO

JACK HENSELEIT

LA HORA ^{De} LAS
BRUJAS

LIBRO TRES

TÍTULOS DE
LA HORA DE LAS BRUJAS

EL CUCHILLO Y EL VAMPIRO

EL CORAZÓN DEL TROL

EL GENIO DEL ANILLO

LA SIRENA Y EL NAUFRAGIO

LA HORA ^{De} LAS
BRUJAS

LIBRO TRES

EL GENIO DEL ANILLO

JACK HENSELEIT

ILUSTRACIONES: DAVE SHEPHARD

edebé

Original title: THE WITCHING HOURS 3: The Genie Rings

Text copyright © 2018 Jack Henseleit

Illustration copyright © 2018 Dave Shephard

Design copyright ©2018 Hardie Grant Egmont

First published in Australia by Hardie Grant Egmont Pty. Ltd.

"This book was negotiated through Ute Körner Literary Agent – www.uklitag.com"

All rights reserved including the rights of reproduction in whole or in part in any form.

© Traducción: M.ª Carmen Díaz-Villarejo

© Ed. Cast.: Edebé, 2019

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Dirección de Publicaciones Generales: Reina Duarte

Editora: Elena Valencia

Primera edición, octubre 2019

ISBN: 978-84-683-4539-0

Depósito legal: B. 17333-2019

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para Jemima,
— que quería ser una bruja.*

1

UN DESEO

—**E**STO ES MUY DISTINTO —DIJO MAX.

Anna se secó una gota de sudor de la frente. Por la ventanilla del coche entraba una ligera brisa, pero el aire era caliente y pesado, y no como debería ser una buena brisa. La cabeza de Max estaba a punto de hervir.

—No creo que nadie sea capaz de resistir ahí fuera. Ni siquiera un vampiro o un trol.

Anna intentó contestar, pero tenía la lengua demasiado pegajosa para hablar. En su lugar tomó un sorbo largo de la botella de agua y se la pasó por los labios mientras miraba por la ventanilla. Parecía que Max tenía razón.

Esperaba que no se hubieran perdido.

Era un día caluroso y lleno de polvo en Irán. El sol brillaba sobre el desierto y resplandecía como una moneda lanzada hacia el pálido cielo. Las dunas, grandes y amarillas, se levantaban como olas que se extendían por el desolado horizonte.

Anna tomó otro sorbo. Había estado bebiendo agua con cuidado para no quedarse sin ella, pero la botella estaba ya casi vacía. Desde el otro lado del coche, Max sonrió maliciosamente. Anna vio que tenía su botella medio llena.

—Si juegas a algo conmigo, te dejaré beber —dijo Max.

—Estoy leyendo —respondió Anna con el ceño fruncido.

—Sé que no estás leyendo. Hace siglos que no pasas de página.

Anna miró el libro sobre su regazo. Se lo había enviado su amigo Jamie Sparrow junto a una carta donde le explicaba que se trataba de la mejor guía de pájaros para un viajero. No era la clase de libro que Anna hubiera elegido, pero, para su sorpresa, le estaba gustando. Frunció de nuevo el ceño intentando retomar la lectura.

«El buitre negro (Aegyptius monachus) es la mayor ave de presa del mundo y se le reconoce fácilmente por sus oscuras plumas y su cabeza blanca. El buitre se alimenta de toda clase de carroña (incluidos los humanos muertos) y con su poderoso pico puede romper los huesos. Estos pájaros se pueden encontrar en...».

Anna parpadeó. Con ese tremendo calor era imposible concentrarse y casi no podía ver bien ni las letras.

—Bueno, vale. Dame agua y jugaré contigo.

—No. Juega primero y después te daré agua —insistió Max.

Anna suspiró. Para alguien que estaba, en parte, muerto, Max era como un buitre. Anna lo observó tomando un largo sorbo de agua y este le sonrió maliciosamente mientras tragaba. Ella sabía lo que Max pretendía, pero a pesar de ello sintió la garganta reseca. Aunque no se iba a rendir fácilmente.

—Me he quedado sin agua —dijo Anna en voz alta—. ¿Tenemos más?

Por el susto, el profesor saltó en su asiento y el coche dio un bandazo, aunque Anna no se mostró preocupada como otras veces. En el desierto, no había nada contra lo que chocar.

—Me temo que a mí tampoco me queda —dijo el profesor—. Vas a tener que esperar, no debemos de estar muy lejos.

Anna protestó.

—¿Pero adónde vamos? Es como si estuviéramos en mitad de la nada —comentó Anna.

—Sí, ya. ¿No te parece increíble? Los desiertos dorados de Persia hasta donde alcanza la vista. Sultanes y ciudadelas, ejércitos e imperios, todo ello enterrado bajo esta arena. Estoy tan contento de que Ali decidiera invitarme a su expedición... La de historias que podríamos encontrar si tuviéramos tiempo para investigar.

Parecía muy emocionado. Anna miró hacia las dunas. Antes intentaba descubrir algún ser vivo, pero no había pensado en las cosas muertas que podía haber ahí fuera.

—*Persia...*, yo conozco esa palabra. De ahí son las alfombras mágicas, ¿verdad? —preguntó Max.

Anna también conocía esa palabra y deseó haberlo mencionado antes.

—Eso es —respondió el profesor—. Y tienes razón con lo de los vampiros. Aquí solo hay *guls*.

Los niños se quedaron paralizados. El profesor los miró por el espejo retrovisor.

—Lo siento, no quería entrometerme.

—No pasa nada —dijo Anna deprisa—. Solo estábamos inventando historias de miedo.

—Sí, Anna intentaba asustarme —dijo Max.

—Pues no pareces muy asustado —comentó el profesor.

Max se encogió de hombros.

—Me estoy volviendo más valiente —dijo.

El profesor sonrió y Anna suspiró aliviada. Era verdad que Max se estaba volviendo más valiente; pero lo que no sabía el profesor era que, desde que unos meses atrás hicieron un viaje a Transilvania, las historias de miedo que se contaban los hermanos no eran inventadas. Solo dos personas en el mundo conocían todos los detalles; y sus nombres, junto con sus historias, estaban

escritos en un cuaderno de pastas verdes bastante usado que Anna guardaba a buen recaudo en su maleta.

Primero habían conocido a Isabella, la joven rumana que tenía una cicatriz en la mejilla con la forma de luna en cuarto creciente. Ella y Anna habían rescatado a Max de un castillo en mitad de un bosque tras muchas aventuras, donde lucharon contra lobos, ratones e incluso contra un oso durante una noche terrorífica. Aquella fue la aventura del vampiro, una sombra monstruosa con un feroz ojo que había chupado la vida de la mano de Max, dejándosela como muerta y por eso apenas la podía controlar.

Después de aquello, vivieron una aventura en Inglaterra, donde Anna y Max habían ayudado a investigar la desaparición de un niño junto a un frío río envuelto en niebla. Desde allí siguieron un camino espantoso que los llevó hasta Noruega, donde encontraron al niño llamado Jamie encerrado en una madriguera cenagosa. Esa fue la historia del

trol, el monstruo come niños que negociaba de forma terrible al otro lado de un puente de piedra.

Desde entonces, Anna, Max, Isabella y Jamie habían formado un club secreto de amigos por correspondencia. Los cuatro eran los únicos niños del mundo que conocían la existencia de esos monstruos y de la magia que ocultan los viejos bosques. Cada semana, Anna y Max recibían largas cartas de sus amigos, que siempre estaban deseando responder relatándoles distintos cuentos. Los hermanos guardaban las cartas en el fondo de la maleta de Anna, donde el profesor jamás las encontraría, junto con otros tesoros que habían pertenecido a los seres fantásticos: un cuchillo afilado con la hoja de color blanco, el cual otorgaba poder sobre los animales; un corazón de piedra, pequeño y rasposo, perteneciente al trol vencido; y una extraña moneda de doble cara que habían extraído de la madriguera del trol. Tan

pronto como abandonaron el aeropuerto, Anna había sacado el cuchillo de la maleta sonriendo ante los sobres empaquetados en su bolsa. Aunque hacía mucho que no veían a Isabella y a Jamie, a veces los sentía muy cerca.

—No quería mencionar lo del vampiro —susurró Max—. La próxima vez tendré más cuidado.

Anna se sacudió los pensamientos. Recordar sus peleas contra los monstruos fantásticos le había hecho estremecerse, pero el calor del desierto volvió a abrasar su cara. Suspiró al guardar la guía de pájaros en su bolsa.

Algo de lo que había dicho Max hizo que Anna recordara uno de los libros más grandes que tenía en su habitación: un viejo ejemplar lleno de polvo de *Las mil y una noches*. El libro era demasiado pesado para llevarlo durante los viajes del profesor, pero Anna recordaba bien la historia de la alfombra mágica. Y aunque lo de la alfombra era maravilloso,

había otro tesoro del libro que Anna deseaba todavía más.

—Pues este es el juego —dijo—. Imagínate que hubiéramos encontrado una lámpara mágica como Aladino. Al frotarla, sale un genio y podemos pedir tres deseos cada uno. El juego es imaginar los tres mejores deseos.

Los ojos de Max se iluminaron.

—¿Y podríamos...?

—No puedes desear más deseos, eso todo el mundo lo sabe —protestó Anna.

Max arrugó la nariz. Anna tomó un sorbito de su botella mientras su hermano pensaba en el problema.

—Ya está —dijo Max—. Mi primer deseo es tener un palacio lleno de oro.

—Vale —dijo Anna—. Mi primer deseo es tener dos palacios llenos de oro.

—Eso es hacer trampa.

—No. ¿Cuál es tu segundo deseo?

Max la miró con suspicacia y le cogió su botella de agua.

—Mi segundo deseo es una alfombra mágica y voladora.

—Mi segundo deseo es tener diez alfombras voladoras.

—De acuerdo. Mi último deseo es que te conviertas en un ratón. Y los ratones no pueden hablar, así que ya no puedes obtener más deseos y me quedaré con todos tus palacios y alfombras. Ahí lo tienes.

—Vaaale. Imagínate que no estamos compitiendo. ¿Cuál sería tu deseo?

—Ya lo he dicho: un palacio y una alfombra mágica. No se me ocurre nada mejor que eso.

—Son solo dos. Te queda uno —dijo Anna.

Max miró por la ventana, observando como si hubiera visto algo interesante. Entonces comenzó a temblar.

—Me gustaría saber por qué esa montaña se está moviendo hacia nosotros —dijo en voz baja.

Anna se inclinó hacia un lado retirando su cinturón de seguridad para ver por encima del hombro de Max. Algo estaba pasando en el desierto. Algo tan extraño e importante que apenas podía describirlo. Lo primero que pensó fue que una de las dunas había cobrado vida. Una nube de polvo y arena se había levantado del suelo extendiéndose por él, hasta una altura que casi tapaba el sol. En los extremos formaba ondas mientras se extendía sobre la llanura desértica y parecía suave y dura a la vez.

Y lo peor de todo era que Max tenía razón. La montaña se estaba acercando a ellos.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó el profesor llevándose la mano a la frente—. Parece que estamos en una tormenta de arena.

—¿Qué es una tormenta de arena? —preguntó Max.

—Algo que deberíamos evitar —respondió el profesor—. ¡Subid vuestras ventanillas! ¡Tenemos que salir de aquí inmediatamente!